

Último año de colegio. Último año en mi segunda casa, sitio en el que comencé a los dos años, y ahora con diecisiete tengo que decirle adiós. Miles de recuerdos, personas, risas, y travesuras en este increíble lugar. Quién me iba a decir a mí que un lugar me iba a marcar tanto. Entré en primero de infantil, teniendo como profe a Esther. No recuerdo apenas nada de esos años, sólo sé que no quería ir a clase, me habían separado de mi hermana, y no quería estar sin ella. Esther siempre me recuerda lo mucho que lloraba por las mañanas y los abrazos que daba a mi hermana cada vez que me tenía que despedir de ella. En segundo, estuve con Yolanda, y conocí a personas geniales. Amigas con las que he estado años, unas se fueron y otras han permanecido hasta el día de hoy. Llega tercero, y es el último año de infantil, me toca con Vero Cuesta.

Comenzamos primaria, etapa que recuerdo lejana, pero muy divertida. De mates me quedo con las tablas de multiplicar y el cálculo mental que Elena nos hacía practicar (que, por cierto, me encantaba). De lengua, con los dictados, textos interminables que había que escribir con mucho cuidado para no cometer faltas. De inglés, con los trucos de gramática de Marta y las canciones de Maite. Y de música... ¡qué mal se me daba la flauta! (Irene es testigo de ello) Por no hablar de la vergüenza que pasaba cuando había que bailar delante de toda la clase. Pero no todo fue bueno. Segundo de primaria lo recuerdo como el peor curso de todos. Siempre he sabido que las matemáticas no eran lo mío, y digamos que mi tutor en ese momento no llevaba muy bien que fallase las tablas de multiplicar. La poca paciencia que tenía con los niños, los golpes en la pizarra con la regla de madera o... bueno, el cuarto al que tanto miedo le teníamos todos. Pero esto no impidió que el resto de los años fuesen buenos. Una etapa bonita. Aún eres niña, tienes tiempo de hacer cosas, ir al parque, y no hay casi nada que estudiar. Pero quinto de primaria tampoco empezó con buen pie. Me separaron de mi mejor amiga, de la persona con la que llevaba siete años de amistad. Fue duro para las dos, nunca nos habíamos separado, y tener que empezar el curso sin ella, no fue fácil. Nos escribíamos por hangout (era la aplicación que usaba toda la clase para hablar) y nos pusimos las dos a llorar. Al final, cada una hizo grupos de amigos nuevos, y la relación se fue enfriando. Acabé muy feliz primaria, y empezamos la ESO... ¡Ya soy mayor! Edad del pavo, crees que eres mayor... ¡Qué mala edad, por

favor! Primero y segundo de la ESO los recuerdo como los mejores años. Entró gente nueva al cole, hice un nuevo grupo de amigos, las notas me iban bien, y fui muy feliz. Segundo fue un curso genial. Tuve una tutora maravillosa, compañeros con los que estaba a gusto, todo iba perfecto, hasta que en tercero... todo empezó a torcerse. Problemas en casa, problemas conmigo misma, y para colmo, llega el COVID... Un 14 de marzo (o por ahí) nos dicen que tenemos que confinarnos un par de semanas, había un virus en el mundo, que mataba a gente y teníamos que protegernos. Ese par de semanas se convirtieron en meses en los que solo salíamos a la calle para comprar lo imprescindible, y sacar a las mascotas. Todos nos unimos para aplaudir a los sanitarios, y ese era el mejor momento del día. Sacaba el altavoz por la ventana, para que todos los vecinos cantáramos "Resistiré". Pero también hubo cosas malas. No poder ver a la familia, el miedo que todos teníamos de que alguien cercano cogiese el COVID, o el no salir a la calle, fueron algunas de las cosas que peor llevaba. Las clases online, los exámenes por videollamada (un lujo para todos los estudiantes, la verdad). Las clases con Alan por videollamada haciendo ejercicio... Momentos mágicos a pesar de lo difícil que era todo. Las coreografías con mis amigas, los cantos y los miles de tiktoks que nos inventábamos cada día.

No todo en la cuarentena fue bueno, pero pude descubrir una de las cosas que más agradezco hoy en día: mi pasión por la escritura y por ayudar a los demás. Durante ese momento me di cuenta de lo mucho que me gustaba escuchar y atender las necesidades de los demás, así que, junté la escritura y el querer ayudar a la gente, y creé una cuenta de Instagram para dar consejos. Y sé que ha sido la mejor decisión que he podido tomar en mi vida. He conocido amigas increíbles y he podido ayudar a personas que nunca me imaginé que sería capaz de hacerlo. Tercero de la ESO se acabó como se pudo, y cuarto fue algo distinto al resto de años. Empezamos de manera semipresencial y con mascarillas. La clase estaba dividida en dos grupos, y yo estaba contenta porque me había tocado con mi mejor amiga, aunque me habían separado de algunas. Me encantaba la tutora que me había tocado, siempre había tenido muy buena relación con ella, y fue una persona muy importante para mí durante ese año tan duro. Me metí en ciencias y creo que fue la peor decisión que tomé. Me estuve peleando hasta final de curso con física y mates, al final Marta y Carlos me aprobaron (un poco por pena)

después de suspender TODOS los exámenes. Estaba segura de que había tomado una mala decisión y que, no iba a liarla otra vez en bachillerato, así que, al acabar cuarto, hice la matrícula de bachillerato, evidentemente, metiéndome en letras. El verano de cuarto a primero de bachillerato fue muy bueno, pude recargar pilas, pasármelo genial, y entrar con ganas en esta nueva etapa. Al principio tuve ganas de empezar, estaba animada y con ganas de cursar esta nueva modalidad, pero... ¡quién me mandaría a mí meterme en bachillerato! Al principio pensé que no me iría tan mal, que, con esfuerzo diario y dedicación, me lo podía sacar sin problema, pero... no fue como pensaba. Empecé a suspender las mismas asignaturas siempre, historia y lengua, y los ánimos cada vez estaban más bajos. No entendía el hecho de estar todos los días trabajando y estudiando, y, aun así, no poder sacarme esas asignaturas. Empecé a cursar latín (una asignatura que tenía muchas ganas de darla, pero que no la había cursado nunca) con Gema, y se convirtió junto con educación física y religión en mis tres asignaturas favoritas. No porque se me diesen bien (que he de decir que también) sino porque disfrutaba en las clases.

Comencé el curso sin apenas tener amigos, mis dos únicas amigas de verdad se habían ido a ciencias, y los grupos ya estaban hechos. Me empecé a arrimar a varias chicas de mi clase, y al principio todo parecía ir bien. Tenía un nuevo grupo de amigas, estaba a gusto y feliz, ¿qué más podía pedir? Pero no todo fue bien. Dos de mis amigas del grupo, se unieron a otro grupo, dejándonos a mi otra amiga y a mi solas. Eso no impidió que las dos creásemos una amistad más fuerte y estuviésemos bien las dos juntas. En los recreos me seguía juntando con mis “amigas de ciencias”, así tampoco iba tan mal la cosa. Parecía que la cosa iba bien, hasta que, a mi amiga (la de clase) le empezaron a ocurrir cosas, y tuvo que dejar de venir a clase. Yo sólo me juntaba con ella, así que, al no venir, yo no tenía a nadie con quien estar. Me empecé a sentir un poco sola, todo el mundo tenía grupo, y yo era de las pocas que no, así que, me empecé a juntar con una chica que tampoco tenía muchos amigos. La verdad que con ella me sentía a gusto, empecé a tener a alguien con quien estar en clase, alguien que me escuchara, o alguien con quien poder estar en clase sin importarme el estar sola o no. Empezamos a coger confianza y a quedar fuera del cole. Me contaba muchas cosas de su anterior colegio, o de su

grupo antiguo de amigos. Nos empezamos a abrir y a contar muchas cosas, y fue muy bonito tener a alguien tan cercano. Estuvimos juntas hasta final de curso, ¡y tanto que lo estuvimos! que en pleno junio tuvimos que presentarnos para recuperar lengua (sí, se me seguía resistiendo). Estábamos de los nervios el día del examen, y llegamos una hora antes sólo para asegurarme de que llegaba a la hora correcta... No nos vino mal esa hora, porque pudimos repasar y poner en común el temario. En el examen cayó eso que las dos habíamos dicho que iba a entrar, así que era nuestro momento para sacar buena nota y conseguir aprobar de una vez por todas. Acabó mi amiga antes el examen y fue a entregarlo, Atana (para ayudarla un poco) le ayudó con sintaxis. Lo fui a entregar yo, y como no, también había fallado en sintaxis, así que, estuvimos un rato peleándonos con la oración. Al final de tanto darle la paliza a Atana, nos pudimos ir con la sintaxis, más o menos decente.

Con respecto a las extraescolares, la temporada de voley no fue la mejor. En el primer partido de liga, me torcí el dedo pulgar de la mano izquierda, y estuve sin jugar un tiempo. Luego, después de mucho reposo, escayolas y fisio, parecía que podía volver a jugar (aunque eso sí, con mucho cuidado). Me dieron la opción de jugar vendada o hacer más reposo, y yo sin pensármelo preferí jugar vendada, necesitaba volver al campo lo antes posible. Pasé una temporada en la que me molestaba mucho al jugar, pero era la única opción que tenía si quería seguir en la temporada. Cuando parecía que el dedo ya no iba a ser una molestia, en el mismo colegio donde me lesioné, me volví a torcer el mismo dedo... Ya os podréis imaginar lo que vino después, otra temporada sin tocar un balón... Esta vez si hice caso y estuve en reposo, tenía que recuperarme bien para jugar, aunque fuesen los últimos partidos. Pude volver a jugar casi con normalidad, pero como no puedo estarme quieta, algo más tenía que pasar. Mis amigas y yo nos apuntamos a un torneo de navidad en el cole, y por supuesto, yo no podía dejar que se cayese ningún balón, así que en una de las jugadas me tiré al suelo para recibir el balón, y mi codo derecho hizo "crack". Yo ya sabía que algo grave me había pasado. No podía mover el brazo, y me había salido un bulto morado (tenía pinta de que algo no iba bien) por lo que, corriendo mis amigas y yo, fuimos a que Cecilia (la enfermera) me diese hielo para poder acabar el partido. Evidentemente, todas sabíamos que no iba a poder volver al partido, así que tuvimos que llamar a mi

madre, y volver a urgencias (donde habíamos estado por el dedo varias semanas antes). Me dieron una de las peores noticias que me podrían haber dicho, y es que, aunque no tuviese nada roto, no sabían exactamente que me había pasado, pero como no podía mover nada el brazo, me dijeron que tenía que estar escayolada (otra vez) durante mínimo tres semanas... en fin, me tenía que aguantar por ser tan bruta y no dejar caer ningún balón. Estaba claro que la temporada para mí ya se había acabado, y que era muy poco probable que pudiese volver a jugar. Me dio mucha rabia no haber sido más cuidadosa a la hora de jugar, pero todo el que me conoce sabe que me dejo la piel en el campo, y es algo que no puedo evitar por mucho que me lo digan. Mis entrenadoras siempre han estado ahí preocupándose de cómo iba y siempre atentas de si necesitaba algo, y eso fue lo que me hizo valorar aún más mi equipo, el deporte y me hizo darme cuenta de lo importante que es el compañerismo en un deporte de equipo.

Volviendo a los estudios... el día que tuve que ir a revisión de exámenes, me levanté nerviosa por lo que podría pasar. No sabía si había conseguido aprobar, o si, por lo contrario, me había quedado alguna pendiente. Recuerdo a Atana entregando las notas una por una, y a mí, por suerte o por desgracia, me tocó la última. Tenía esperanzas en que hubiese aprobado esas dos asignaturas que tanta lata me habían dado durante todo el curso, y si, así fue, con alguna que otra ayudita de los profes, pude pasar primero de bachillerato sin ninguna pendiente. No puedo dejar pasar por alto la ayuda que durante todo el curso había tenido por parte de profes y de Monte, que estuvo todo el curso ayudándome y preocupándose tanto por mis estudios como por mí en general. Pude darme cuenta de lo afortunada que soy en este colegio, de la suerte que tengo de tener tanta gente que me quiere y de lo buenos que son los profesores. Sabía que ese verano iba a ser genial, hacíamos el camino de Santiago y podía disfrutar de la familia sin tener que estudiar. El camino fue una de las experiencias más bonitas y duras que he podido experimentar. Pude conocer gente de otras clases que no me sabía ni su nombre. Pude unirme más con mis amigas y con mi hermana, que eso fue lo más bonito que me pudo pasar. Digo que fue una experiencia dura porque realmente lo fue, más de veinte km diarios, con una mochila de diez kilos en la espalda todos los días, cuestas que parecían interminables, y

caminos llenos de rocas, no era muy agradable que se dijese. Hubo días en los que me arrepentía de haber empezado el camino, otros en los que quería llegar ya a la meta y poder decir que lo había conseguido. El dolor de espalda y de pies no iba a ser un impedimento para mí, porque a pesar de que me ofrecieron la posibilidad de irme a Madrid, yo tenía más que claro que quería llegar a Santiago y demostrarme a mí misma que era capaz de hacerlo y que a pesar de los obstáculos, lo iba a conseguir, y lo iba a hacer de la mano de mis amigas. Y así fue, llegó el quinto y último día de camino, y todos estábamos deseando llegar. Hubo gente que por problemas de salud se tuvo que volver a Madrid, pero lo habíamos conseguido a pesar de lo duro que fue todo. Aunque hubo malos momentos, siempre me quedaré con lo bonito que fue conocer a gente que nunca me habría imaginado encajar tan bien, o estrechar aún más la relación con mi hermana, y eso es con lo que me quedo, con los pequeños detalles, que han hecho una gran diferencia. El resto de verano fue genial, todo el día en la calle con amigos y familia, en la playa o en la piscina y haciendo nuevos amigos. El verano se me pasó lento, pero cuando me quise dar cuenta ya estábamos en la presentación de segundo de bachillerato, lo que sería, desde luego, el peor curso de todos. No tenía ganas de empezar (si dijese que sí, estaría mintiendo). Sabía que este curso iba a ser mucho más duro y encima nos tendríamos que enfrentar a la temida EVAU. Íbamos a tener momentos inolvidables y también a pasarlo bien, pero segundo es un tren que se pone en marcha el 8 de septiembre y no espera a nadie (frase que tantas veces nos han repetido). Y si tengo que decir una palabra que los alumnos hemos tenido que escuchar a diario mil veces, ¿a que no adivináis cuál es? Pues sí, efectivamente, es EVAU. “Os vais a tener que enfrentar a la EVAU”, “luego la EVAU no es para tanto” son algunas de las frases que más he oído en estos meses. Pero bueno, aún no ha llegado el momento, todo a su tiempo. Desde que he empezado segundo he querido dejarlo ya unas cuantas veces. Al principio pensé que volvería a jugar al voley y a aprovechar los partidos que había perdido, pero todo se empezó a torcer cuando supe que éramos muy pocas jugadoras y que no iba a tener equipo para jugar. Y así fue, me volví a quedar sin hacer el deporte más bonito que he podido probar nunca. Empecé el curso desmotivada porque el deporte es algo necesario en mi día a día, pero no podía dejar que eso me arruinase el curso, así que para hacer

algo de deporte me apunté al gimnasio. Empecé con los estudios a tope, organizándome y estudiando día a día para que no se me acumulase nada, pero a medida que iban pasando los días tenía más y más cosas que hacer. Me faltaban las horas para hacer todo lo que debía, y algún que otro agobio había. Dejé de ir al gimnasio porque no me gustaba ir sola y no me daba tiempo con los estudios. Van llegando las notas y ver que no consigo aprobar a pesar de lo que estudio hace que pierda la esperanza, pero seguiré dando todo de mí para poder conseguir eso que tanto deseo, porque eso que dicen de que todo esfuerzo tiene su recompensa espero que para mí también se haga realidad. Este curso está siendo una montaña rusa de sentimientos, he vivido cosas geniales, aunque también cosas que preferiría haber evitado. He hecho un nuevo grupo de amigas y, por fin puedo ser yo con amigas que me ayudan, me entienden, y me hacen feliz. Las charlas en clase con mi compañera de mesa, los ataques de risa con mi grupo de amigas, las anécdotas de Miguel, los “que si mi abuela fuma de Isa”. Las churras y las merinas de Atana, los consejos de Monte, las charlas con Gema que tanto ayudan, las reflexiones mañaneras de Inma o que, si Ana se pone el chubasquero y le “resbala todo”, la risa de Marisa que tanto me contagia y la infinita paciencia de Javier, son algunos de los momentos que nunca olvidaré, porque, aunque haya pasado momentos horribles, los momentos con ellos, han sido aún mejores. El viaje cultural de fin de curso ha sido una de las experiencias más bonitas de este curso, he podido reírme, descansar y conocer mejor a los profes, ver el buen rollo que había y su generosidad, han hecho que todo esto haya sido posible. Aunque viva día a día con la incertidumbre de que pasará y de si lo conseguiré, estoy deseando acabar esta etapa y poder empezar una nueva, conocer más gente, y estudiar eso que tanto deseo. Porque sé que cuando segundo acabe, me espera el mejor verano de mi vida, al lado de las personas que más feliz me hacen y, por fin, voy a poder disfrutar y pensar en mí, porque en cuanto este curso acabe, empezaré a poner en marcha uno de los proyectos más bonitos e importantes de mi vida. Y aunque queda la recta final más complicada, ya voy viendo la luz. Y aunque quiera irme, lo que más echaré de menos es a los profes y el lugar en el que llevo quince años, porque es y siempre será mi segunda casa, y el lugar al que siempre podré volver cuando quiera. Porque sé que soy santanera hasta la muerte.